

La MUJER en el TENDIDO

por Manuel Casanova

Al regresar recientemente de torear una corrida de toros en Francia el famoso torero mejicano Carlos Arruza, un periodista de San Sebastián le preguntó:

—¿Considera usted las plazas de toros marco adecuado para que vayan las mujeres?

—Carlos Arruza, casado con española y afincado en España, respondió: —¿Cómo no! No sabe usted los milagros que hacen unos bellos ojos de mujer. Sobre todo en esas tardes en que a uno le rueda todo mal. Si al elevar nuestra mirada hacia el tendido nos encontramos con unos ojos que nos alientan y animan, entonces los toreros queremos corresponder a aquella gentileza de la dama desconocida y para darle las gracias nos jugamos todo.

De las variadas facetas que ofrece la presencia de la mujer en los toros no es esa que recoge el diestro azteca la menos interesante. Aspecto lírico y dramático a la vez.

En cierta ocasión, solamente por complacer la curiosidad de una mujer, Ignacio Sánchez Mejías, torero valiente y hombre bravo, sufrió una cogida de las muchas que padeció hasta que en un mes de agosto dejó su vida entre las astas de un toro, en la plaza sin historia de Manzanares.

El cuñado de Joselito, hombre de rompe y rasga entre los hombres y con un fino concepto de la galantería para la mujer, viajaba con su cuadrilla hacia una capital del Norte donde se celebraban ferias tradicionales. Todavía entonces los toreros iban de un lugar a otro en tren. En el departamento, Sánchez Mejías entabló diálogo con una señorita sudamericana que al identificar al popular lidiador mostró un gran interés en hacerse explicar por uno de sus actores tan calificados determinados pormenores de la fiesta nacional española.



Así lo hizo el peón, y entonces Ignacio dió cuatro pases ayudados por alto ciñéndose mucho. Se pasó la muleta a la mano izquierda y citando con la arrogancia y el tono de reto en él característicos, aguantó tanto y tanto, que el toro lo enganchó, le tiró a lo alto y le derribó. Una cogida de las llamadas emocionantes, y poco explicable porque el toro embestia con nobleza y eran fama en Sánchez Mejías sus poderosas facultades.

Acudieron todos al quite. Ignacio se levantó, llena la cara de sangre; pero afortunadamente ileso. Y mientras se secaba con una toalla se aproximó a la barrera y le dijo a su gentil compañera de viaje:

—Ya ve usted, señorita, que por mí no ha quedado.

Suele comentarse ahora si la presencia en mayor número de la mujer en los toros ha contribuido a que la fiesta pierda su brío anterior y hasta se le atribuye a ella modificaciones que van disminuyendo la intensidad del riesgo. No es del todo cierto. La mujer española, con el aspecto decorativo que le presta su belleza aderezada con atavíos castizos que ya no usan sino en determinadas solemnidades, ha ido siempre a los toros. Y han sido temas literarios y pictóricos su emoción ante la tragedia del torero herido y su sensibilidad herida ante los despojos sangrientos en que hasta hace pocos años se desarrollaba la suerte de varas.

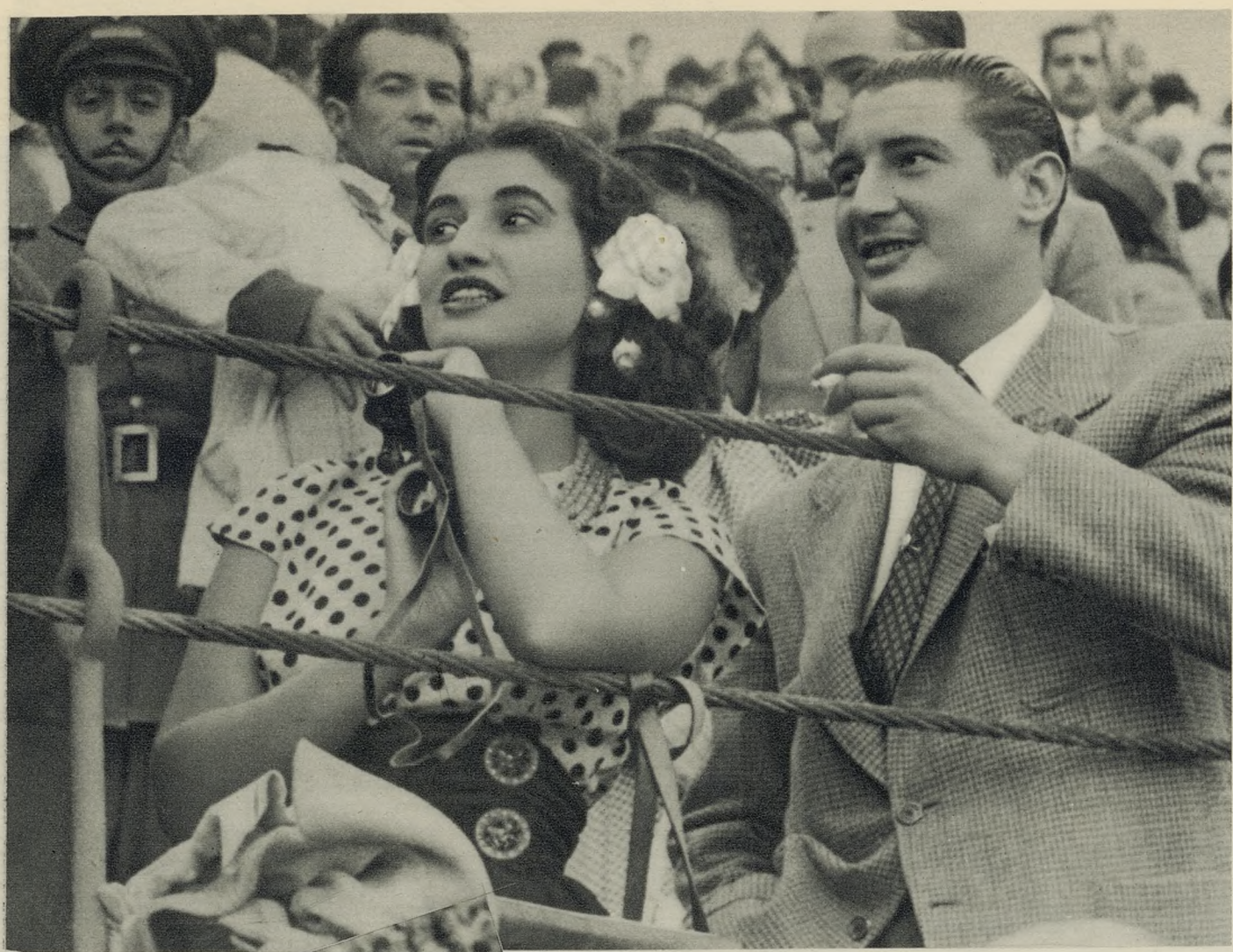
Lo que acaso resulte verdad es que la mujer actual «interviene» más en el comentario de la lidia. Es más «aficionada» que antes. En otras épocas la presencia de la mujer en los toros se acusaba más en festejos excepcionales, en corridas de feria en capitales de provincia o en corridas benéficas en las grandes urbes. Pero era, por decirlo así, una presencia casi ajena al eterno drama de la lucha entre el torero y el toro. Era una presencia de exhibición, de honesto holgorio, de una fiesta de sociedad como otra cualquiera. Ser elegida para presidenta, desfilar en carroza por el ruedo, lucir en localidades preferentes un bello palmito orlado el rostro con la caricia de una mantilla de blonda o de madroños, o tocada con el desafío garboso de un sombrero cordobés...

Hoy, ya la mujer que acude a las plazas ha prescindido casi en su generalidad de ostentar señales exteriores. Va en traje de calle, y, desde luego, salvo en contadas excepciones, sin sombrero. Como va a la catedral, a la oficina, al laboratorio, o al taller, o a las compras. Con su aire ligero y deportivo y su pelo recortado. Pero entiendo más que antes. A la ceremonia y a la presunción de elegir el traje y reformar un peinado ha sustituido la curiosidad. Hoy es más fácil que hace unos pocos años discutir con una mujer los matices de cualquier suerte del toro y hasta disputar apasionadamente acerca del arte o de la valentía de un torero. No es la presencia en mayor número de la mujer en los toros lo que acentúa lo que se ha dado en llamar «humanización» de la fiesta. Quizá tampoco nos atrevamos a sostener el punto de vista contrario; pero desde luego, son minoría las que en un momento de emoción o de riesgo se tapan ya la cara con las varillas de un abanico.

En estos últimos tiempos—un par de años—ha surgido en los toros una mujer nueva; la mujer extranjera. Ha venido a España atraída por una leyenda de pintoresquismo, de sol y de romances gitanos. Ha tenido una curiosidad hasta morbosa por asistir a ese espectáculo bello y bárbaro de una corrida. Lo desconoce todo y lo pregunta todo y aprisiona todo lo que puede en sus cámaras fotográficas. Ellas mismas constituyen un espectáculo distinto de la mujer que antes acudía a las plazas, especialmente en las de Andalucía, con espíritu de verbena, como a una zambra, o a unas carreras de caballos. Ellas, las mujeres extranjeras, han llenado en este año muchas veces nuestros cosos y han llegado a vibrar ante los arrestos de nuestros toreros; y ya cuando discurren sobre lo que acaban de presenciar, un poco perplejas ante gritos que no comprenden y aplausos entusiastas que no aciertan exactamente a interpretar, van discriminando sus propias emociones y se atreven a diferenciar el poderío de un Luis Miguel, la gracia pinturera de un Manolo González o la valerosa sequeidad de un «Lirio».

Y nuestras mujeres, las españolas, han ascendido al magisterio de la explicación y de la exégesis. Y si muchas no practican el toreo en público, si no hacen competencia a nuestros toreros, es porque en España no se les autoriza a ejercer la profesión. Una profesión dura, arriesgada, de la que el Poder Público quiere mantenerlas alejadas.

Pero en uno u otro sentido, la presencia de la mujer en los toros es siempre un adorno en el marco multicolor y espléndido de una corrida y siempre fuente de lirismo o de drama, cuando un torero para agradar a una dama desconocida se lo juega todo; que en este juego de la lucha del torero y del toro a veces la puesta o el gesto flamenco es la propia vida.



En un remanso de la charla, la dama confesó a Sánchez Mejías:

—En realidad yo he visto pocas corridas. Y lo que desde luego no he visto nunca es una cogida. Sánchez Mejías sonrió y desvió la conversación hacia temas menos impresionantes. Poco más tarde el convoy rendía su viaje.

A la mañana siguiente, el día de la corrida, Sánchez Mejías le dijo a su secretaria:

—Oye, ¿te acuerdas de las dos señoras que vinieron anoche con nosotros? Mándales dos barreras.

El secretario se disculpó:

—No sé quiénes son. No tengo sus señas.

—Ya sí—respondió Ignacio—. Son éstas.

A la hora de empezar la corrida, las dos viajeras, una mujer joven y otra de más edad, como su madre o su acompañante, ocupaban las localidades enviadas por el torero. Ignacio saludó con una leve inclinación de cabeza, a la vez que el mozo de estoque extendió en el antepecho de la localidad el capote de paseo del matador.

Correspondió a Sánchez Mejías matar el segundo toro. Lo había banderilleado extraordinariamente: con la emoción de sus pares arrancando desde el estribo y en terreno estrechísimo, y cuando después de brindar a la Presidencia fué a extender la muleta, volvió a plegarla y ordenó a un peón:

—Ciérramelo. Allí.

Allí era el tendido desde el que las dos damas presenciaban la corrida.



Arriba, a la izquierda, las señoritas Belmonte, hijas del famoso torero, y la artista cinematográfica mexicana María Félix (abajo), presencian la fiesta española. Ornato sin par de todas las corridas, son las clásicas mantillas, atavío incomparable de la mujer hispana.